

HOMENAJE A DON EUSEBIO QUIROZ PAZ-SOLDÁN, HIJO ILUSTRE DE LA CIUDAD DE AREQUIPA

† Eusebio Quiroz Paz-Soldán¹

Fue un importante historiador y catedrático arequipeño. Realizó buena parte de su actividad en la Universidad Nacional de San Agustín (Arequipa, Perú), aunque brindó profundos aportes en otras instituciones arequipeñas como la Universidad Católica de Santa María, la Universidad La Salle y, por supuesto, la Universidad Católica San Pablo, en la que también formó parte del comité editorial de la revista *Persona y Cultura*. Miembro de la Academia Nacional de Historia del Perú, fue declarado en 2019 “Hijo ilustre de la ciudad de Arequipa”.

RESUMEN

El presente texto es una versión completa del prólogo con el que el Dr. Eusebio Quiroz abría la *Obra histórica de Arequipa*, publicada por la editorial del Gobierno Regional de la misma ciudad. El autor recoge algunos aspectos importantes del desarrollo de su vida y obra a modo de testimonio. Lo presentamos en este volumen como un homenaje a quien fuese un verdadero hijo ilustre de la ciudad de Arequipa y férreo difusor de los valores cristianos y de una cultura cada vez más humana, consciente de sus propias raíces.

¹ Originalmente en *Obra histórica de Arequipa*, Gobierno Regional de Arequipa, Arequipa 2011.

Palabras clave: Eusebio Quiroz Paz-Soldán, testimonio, historia, Arequipa

ENTRE RECUERDOS Y MEMORIA: UN TESTIMONIO

Un testimonio es una fuente histórica. Nos recuerda el historiador francés, Marc Bloch, que todo lo que sabemos sobre el pasado está constituido, generalmente, por cosas vistas y oídas por otros; ello revela la condición de subjetividad y fragilidad que tiene el testimonio, al que los historiadores denominamos con suficiencia como fuente directa e intencional y coetánea. Ciertamente, el testimonio reúne esas características si el autor y, más aún, cuando es un historiador, tiende a seleccionar y orientar la información de la que da cuenta, de acuerdo con ciertos criterios. Ello no invalida el testimonio, pero debemos tomar precaución ante el mismo, acerca de la forma como debemos tratar tales fuentes, con riguroso sentido crítico.

En este texto trato de recordar mi vida, sobre algunos aspectos de la misma; aquellos que tienen relación directa con mi actividad profesional como investigador y docente universitario, sin otra pretensión que sea algo más que un testimonio provisional parecido a una autobiografía; pero sí es una mirada sobre mi vida y mi trabajo, donde hallamos recuerdos, sueños y proyectos. Con recuerdos se organiza la memoria.

Nací el 26 de noviembre de 1940 en Arequipa; mi madre me enseñó a leer. Hice mi educación primaria y secundaria en el colegio San Francisco de Asís, cuyo claustro correspondía al antiguo convento de los padres franciscanos. Terminé la secundaria en 1956 y en 1957 ingresé a la Universidad Nacional de San Agustín, rindiendo exámenes, primero escritos y luego orales, de conocimientos. Me matriculé entonces, en la prestigiosa Facultad de Letras de esa universidad arequipeña que tanta fama tiene e inicié los dos años previos de letras, como se llamaba entonces, a los estudios de Humanidades, previos a los de una carrera universitaria que podían continuarse en Letras, Ciencias Económicas, Derecho y Educación. En la indicada Facultad de Letras, *alma mater* de la Universidad, podía optarse por seguir estudios doctorales en los Institutos Académicos de Filosofía, Literatura o Historia, ya que al finalizar los dos años previos se podía acceder al grado académico de Bachiller en Letras, lo que nos parecía imposible. Creo

que los estudios de estos dos años básicos en Letras influyeron en forma importante sobre mi interés por la historia. Por una parte, porque las asignaturas, generalmente introductorias, nos pusieron en contacto directo con la cultura humanística, como suele mencionarse, mundo al que habíamos tenido un acceso incompleto en la juventud; algo diferente y valioso en mi hogar, donde mi madre estimulaba mi afición a la lectura, sobre todo de literatura y algo de historia, donde se mencionaba con respeto los nombres de los familiares Paz Soldán que habían destacado en el derecho, las ciencias y la historia: José Gregorio, Mateo y Mariano Felipe.

Las asignaturas Cultura Peruana, Cultura Universal, Filosofía, Literatura, Economía, Sociología, Lengua, Geografía y Concepción Física del Mundo estaban a cargo de docentes de reconocido prestigio en el medio académico arequipeño. Ellos, con su forma de exponer los temas, con sus recomendaciones bibliográficas, con su cultura, nos impresionaron favorablemente y nos orientaron a la lección de una especialidad académica en la Facultad de Letras. De entonces no dejo de recordar a quienes fueron verdaderos maestros de humanismo: Javier Mayorga Goyzueta, Antero Peralta Vásquez, Enrique Azálgara Ballón, Vladimiro Bermejo, Pedro Arenas y Aranda, Ricardo Cáceres Homet, Marcial Barriga Velarde, Hermann Ugarte y Chamorro, Carlos Neuenschwander Landa y Miguel Ángel Rodríguez Rivas, quien con su exigente manera de enseñar nos introdujo en el mundo de la filosofía griega e influyó para que algunos de nosotros siguiésemos libremente asignaturas de psicología, que se impartían en el laboratorio experimental de esta disciplina, en el segundo piso de la Facultad. El doctor Javier Mayorga aplicó un singular método de evaluación oral, sencillo y eficaz: El que no rendía bien el examen oral, podía retornar varias veces, si era necesario, hasta dominar la materia, solicitando tal nueva evaluación, bajo el supuesto de que uno mismo determinaba cuándo estaba preparado para rendir el examen. El doctor Rodríguez Rivas, quien tenía su pequeña oficina en el segundo piso, escuchaba nuestras consultas; así fue que me propuso definir si continuaría estudiando Psicología o si me decidía por Filosofía, Literatura o Historia; opté entonces por estudiar Historia en el Instituto correspondiente de la Facultad de Letras.

En esta decisión, pesó en primer lugar mi interés por la lectura de libros de literatura histórica como *Jorge o el hijo del Pueblo* de María Nieves y Bustamante, cuyos tres tomos de la antigua edición popu-

lar que hizo *El Deber* leí con profunda emoción los días que duró el Movimiento Popular de junio de 1950 en Arequipa. Percibí esa “revolución”, como se la suele denominar, desde el 13 de junio en que la policía cargó contra los manifestantes en la Plaza de Armas; el grupo dirigente del movimiento arequipeño encontró refugio en el local del negocio de mi padre, en la calle Moral, número 227, apenas a una cuadra de donde se producían los hechos. Tenía entonces nueve años, de modo que observé lo que ocurría, aunque no participé en los hechos.

La impresión que me produjo la lectura del asalto de Arequipa por Castilla en 1857 perduró en mi memoria junto con las lecturas de la extensa obra de Julio Verne que, tempranamente, me pusieron en contacto con un mundo fantástico que tenía los visos de ser real. Muchos años más tarde he vuelto a tener esa impresión a leer la literatura de Dumas, Dostoievski, Victor Hugo, donde no se sabe dónde termina la realidad y comienza la ficción. La misma emoción experimenté al leer la obra del cubano Alejo Carpentier *El siglo de las luces*. En la biblioteca de mi hogar pude leer también *Quo vadis* y *La cabaña del tío Tom* en ediciones modestas. Tuve, pues, desde la infancia, una buena base de lectura que me ayudó a orientarme hacia la historia.

En los mencionados años previos de letras, adquirí más información sobre temas de historia tanto peruana como de la cultura universal. Al pasar a los estudios doctorales, podía observarse que los tres institutos académicos que entonces funcionaban atraían a un pequeño número de estudiantes que deseaban seguir esas especialidades. Mi promoción en Historia fue de siete estudiantes lo que, en cierto modo, facilitó nuestra amistad con los docentes y una enseñanza casi personalizada.

Mis estudios comenzaron en 1959; volvería a tener contacto con el doctor Mayorga, que era profesor de cursos avanzados en los que volcaba su conocimiento enciclopédico de la realidad y de la bibliografía. Él fue uno de los más destacados docentes del Instituto de Historia; a su lado estaban el doctor Walter Garaycochea y también el señor Eduardo Ugarte y Ugarte, Director del Archivo Histórico de la Universidad y profesor de Paleografía Española, disciplina que conocía a profundidad, con una gran experiencia, además de una gran capacidad para conversar que cautivaba al auditorio. También estaban María Sotillo, José María Morante, Carlos Manchego y Antero Peralta.

Me formé como investigador, como historiador, en el Instituto de Historia de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional de San Agustín. Es importante recordar que, quienes estudiábamos allí, sa-

bíamos que solo tendríamos acceso a grados académicos y no a títulos profesionales; pero que, en rigor, se nos preparaba para ser investigadores y probablemente docentes universitarios. Ello incluyó interesantes perspectivas de autoformación, ya que leí mucho y escribí poco; en gran medida la juvenil adscripción al mundo académico nos hizo un poco suficientes, lo que expresábamos verbalmente.

Entre 1959 y 1961, seguí mis tres años de estudios en el Instituto de Historia, sin tener un horizonte profesional liberal; estudiar allí nos dio un aire intelectual, que resaltamos en la forma de vestir con excesiva formalidad. Opté primero por el grado académico de Bachiller en Ciencias Históricas y, posteriormente, el de Doctor en Historia.

El pasado no habla por sí solo; el pretérito se encuentra en la información que contienen las fuentes; y las técnicas y métodos para investigar nos enseñan a leer críticamente las fuentes, se trata de encontrar el sentido y el significado de lo que ellas expresan. Los documentos son huella o testimonio del pasado. Se trata de encontrar referencias sobre los hechos del pretérito sin las cuales no podemos tener acceso a su conocimiento.

Puede parecer petulante afirmarse como historiador; la verdad es más sencilla: Para serlo, recibí formación universitaria, no la mejor, por cierto, y es bueno recordar que la formación de historiadores ha mejorado muchísimo, se ha hecho verdaderamente escuela sobre todo en la Universidad de San Marcos y en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Para un congreso de 1984 escribí un texto que planteaba las exigencias para la formación universitaria de historiadores y me he sorprendido yo mismo entre “el deber ser” de lo que propuse y la dura realidad en la que se desenvuelven las escuelas universitarias de Historia, casi sin recursos. A pesar de lo dicho, en el sentido de que definirse como historiador puede ser un gesto de vanidad, debo afirmar que no conozco científico social alguno que tenga la conciencia de ser más humilde en su trabajo que el historiador. Primero, porque no puede abarcar totalmente el pasado que quiere investigar;

lo segundo, es que debemos considerar una pequeña gran lección: el pasado no habla por sí solo; el pretérito se encuentra en la información que contienen las fuentes; y las técnicas y métodos para investigar nos enseñan a leer críticamente las fuentes, se trata de encontrar el sentido y el significado de lo que ellas expresan. Los documentos son huella o testimonio del pasado. Se trata de encontrar referencias sobre los hechos del pretérito sin las cuales no podemos tener acceso a su conocimiento.

Trabajar sobre fuentes es uno de los primeros requisitos de la investigación y eso se nos ha enseñado en la universidad. Además, hay mucho que pone el historiador y esto significa acumular cultura e información vasta que puede contrastarse con la que obtiene de los documentos, elaborar esquemas, llenar vacíos de información. Por ello, no podemos producir velozmente libros de historia, como el literato produce novelas, cuentos o poemas y el periodista artículos de opinión.

Producir historiografía, redactar un texto de historia, no es tan sencillo como parece; el tipo de trabajo científico que exige este es complejo, difícil y requiere el uso de métodos especiales y el planteamiento de hipótesis de trabajo. En medio de todo ello, me interesé en temas de historia económica, que tuvieron tanto auge en los 70. Me propuse hacer para mi tesis doctoral una investigación sobre los impuestos alrededor de la Independencia en Arequipa. Un trabajo que me costó enorme esfuerzo, ya que hube de aprender estadística y análisis de varianza para procesar la masa de datos y cifras que logré reunir y cuya crítica aún me provoca preocupación, ya que no podemos suponer ingenuamente que en la contabilidad fiscal en el pasado no existiera información deformada o falsa.

Producir historiografía, redactar un texto de historia, no es tan sencillo como parece; el tipo de trabajo científico que exige este es complejo, difícil y requiere el uso de métodos especiales y el planteamiento de hipótesis de trabajo.

Queda en pie una pregunta: ¿Existe una definida vocación por la investigación histórica? ¿Puede hablarse de tener una vocación por

ser historiador? Creo que hay una cierta tendencia, un gusto por la historia, por el estudio, la lectura y el conocimiento del pasado, lo que se incrementa con las buenas exposiciones de los primeros docentes universitarios y que luego se potencia con el diálogo con los compañeros de estudio en la universidad; tuve la suerte y la alegría de contar entre ellos a Alejandro Málaga Medina y a Fernando Ponce; a Juan Álvarez y a Carmen Cornejo Carpio; con ellos se afirmó mi interés inicial por la historia; a su lado reforcé mi vinculación con la investigación histórica; todos ellos eran no “ratones de biblioteca”, sino de archivo, de manera que había un grupo humano con intereses comunes, con orientaciones comunes y con experiencias comunes alrededor del conocimiento histórico.

El segundo tema de mi testimonio se refiere a la docencia en la Universidad Nacional de San Agustín. Mi vida profesional está profundamente vinculada con esa Universidad, que no solo es mi *alma mater*, sino mi hogar intelectual y académico. Ingresé a la docencia, en condición de profesor auxiliar contratado, que debía hacerse cargo de unos “desdoblamientos”, o sea de grupos adicionales de alumnos que sobrepasaban la cantidad que debía atender un profesor principal; mis primeras asignaturas fueron Historia de la Cultura Peruana e Historia de la Cultura Universal, en las Facultades de Educación y de Ciencias Económicas de la Universidad.

En 1965 concursé en la Facultad de Letras para asignaturas de especialización en la carrera de Historia, que aún era un instituto académico. Se trató de un Concurso de Méritos y Oposición establecido por la legislación universitaria y que, de acuerdo con la tradición reformista de la Universidad peruana, podía garantizar al acceso a la cátedra de personas calificadas para la enseñanza.

Concurse entonces para las asignaturas o cátedras —como se les llamaba entonces— de Métodos y Técnicas de la Investigación Histórica e Historia del Arte Universal. Un incidente vino a enseñarme, por primera vez, lo que podía la maldad humana: Participaban en la fase de evaluación del Concurso de Méritos y Oposición los profesores de la Facultad y un tercio de estudiantes que, guiados por consideraciones políticas, pretendieron impedir mi acceso a la docencia universitaria colocándome notas inaceptables. Ante tal hecho, los docentes reaccionaron en forma unánime, abandonaron la sesión que se estaba

llevando a cabo y exigieron enérgicamente conductas coherentes al estudiantado participante. Se corrigió la votación y de este modo el incidente terminó. Lo recuerdo porque el primero de mis antecesores en rechazar el procedimiento inicuo del tercio estudiantil fue el decaño, el doctor Javier Mayorga Goyzueta, cuyas ideas no eran precisamente las mismas que yo tenía, dando un gran ejemplo de honestidad y sujeción a principios éticos. Apoyó resueltamente una solución a este problema que favoreciese a la Facultad y no a una posición política determinada. Así ingresé honrosamente a la docencia universitaria por Concurso de Méritos y Oposición, no por casualidad, ni por favoritismo político.

Entre 1965 y el año 2000, he desarrollado mi vida profesional como docente en la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa. Durante treinta y seis años efectivos, he realizado mi vida como historiador y como docente en mi *alma mater*. Alguna vez en 1978 fui elegido por una asamblea universitaria como Director de Evaluación Pedagógica y Servicios Académicos de esta Universidad; luego, en 1985, fui elegido por mis compañeros de trabajo como Jefe del Departamento Académico de Historia, Geografía y Antropología; después de ello no he ocupado otro cargo. Volvió a aparecer el veto político que funcionó sin éxito en 1965; no era posible que un docente que no formaba parte de los grupos que gobernaban la Universidad tuviese acceso a los cargos directivos; ese concepto de democracia universitaria como dominio de las mayorías, sin objetividad ni tolerancia, ha dominado durante treinta o más años en los claustros de casi todas las universidades nacionales del Perú, lo que obviamente ha mellado el nivel académico que estas anhelaban tener y al que estaban llamadas por su tradición.

Apartándonos del tema político, porque este lo es, vayamos al más importante sobre la compatibilidad entre la docencia universitaria y la investigación histórica. En primer lugar, en el Instituto de Historia en el que me formé en mi universidad, el currículo estaba orientado a la capacitación de investigadores. Precisamente en 1959 comenzó a desarrollarse un Plan de Reforma de la Facultad de Letras que incluyó cursos electivos, semestralización del año académico y asignaturas de especialización. Se reforzó el concepto de que el Instituto de Historia preparaba investigadores, vale decir, historiadores.

La realidad es que quienes tuvimos alguna vocación por la pesquisa historiográfica, terminamos ocupando cátedra, o sea haciendo docencia universitaria. Ahora bien, algunos autores sostienen que es ideal que el investigador vuelque en la docencia el resultado de sus trabajos científicos y que aspirar a ello es una suerte de modelo para el trabajo universitario.

No era posible que un docente que no formaba parte de los grupos que gobernaban la Universidad tuviese acceso a los cargos directivos; ese concepto de democracia universitaria como dominio de las mayorías, sin objetividad ni tolerancia, ha dominado durante treinta o más años en los claustros de casi todas las universidades nacionales del Perú, lo que obviamente ha mellado el nivel académico que estas anhelaban tener y al que estaban llamadas por su tradición.

La realidad es siempre más dura que toda expectativa; la ausencia de políticas universitarias y estatales de investigación, la falta de financiamiento para este tipo de trabajo y aún la molestia que provocaba encontrar a docentes “privilegiados” con horarios especiales para investigar y por último, que la dedicación al trabajo y según la ley universitaria se midiese por el número de horas de “dictado” de clase —lo que se llamaba “trabajo lectivo”— terminó arruinando las posibilidades de desarrollar en forma orgánica, programada y sistemática, el trabajo de investigación histórica. Se puede afirmar que quienes investigamos e hicimos docencia universitaria, realizamos lo primero “a pesar de...” ya que no tuvimos apoyo específico en la Universidad. Por otra parte, la investigación histórica tenía por entonces una imagen devaluada entre las ciencias sociales, en una época de auge e ideologización política del quehacer del científico social. Trabajar en investigar el pasado era visto como una tarea innecesaria, casi inútil. A ello se suma que, en la preparación de los historiadores, se insistía primordialmente en la erudición. Se asumía que el historiador debía ser un erudito, experto en fuentes, citas de pie de página, paleografía

y diplomática, en fin: “ratón de archivo y biblioteca”; tarea tediosa y poco brillante en el medio altamente politizado de las ciencias sociales. La erudición, rigor en el manejo de fuentes, apresto teórico y metodológico para la investigación. Ahora mismo se llama despectivamente “historia tradicional” a este tipo de trabajo de investigación que insiste en el rigor científico de la historiografía; los que no le llaman así, le llaman “positivismo”, pretendiendo ignorar con tal etiqueta todo el trabajo cuidadoso que se debe realizar con las fuentes y la normativa o preceptiva historiográfica. Además, con sus fases sucesivas: heurística, crítica, síntesis y exposición. Esto continúa siendo una exigencia de orden científico en el quehacer cotidiano del investigador. También hay que rechazar la “documentolatría” y el “ensayismo sin referencias” que todavía tienen lugar en el terreno de la historiografía.

En la preparación de los historiadores, se insistía primordialmente en la erudición. Se asumía que el historiador debía ser un erudito, experto en fuentes, citas de pie de página, paleografía y diplomática, en fin: “ratón de archivo y biblioteca”.

Sin duda, este es un tema de importancia capital, sobre todo para los jóvenes. ¿Vale la pena dedicar su tiempo y sus esfuerzos en hacer investigación histórica? Don Jorge Basadre hace esta pregunta en un texto que todos los historiadores deberíamos leer reiteradamente. Daremos respuestas con los mismos argumentos del insigne historiador. La historia está allí, a pesar de todas las críticas, y provoca siempre el interés y la curiosidad de la juventud por conocer el pasado. En esta nuestra época, llena de tanto progreso tecnológico, es requerida la historia —sigo siempre a Basadre— para que nos ofrezca respuestas acerca del cómo y del por qué ha llegado a ser la situación tal como se nos presenta. Insisto que su valioso prólogo “Reflexiones sobre la historiografía”, debiera ser leído, obligadamente, por el estudiante de historia y por el docente que va a enseñar o enseña historia. Se trata de la mejor explicación sobre el método de trabajo de nuestra disciplina científica.

Sin duda, he tenido otras satisfacciones, no monetarias, valga la aclaración. He sido profesor visitante en universidades de Alemania,

Inglaterra, el País Vasco, Japón y Chile. Puedo decir que, sin reunir mérito sobresaliente, en esos países me he sentido tratado como profesor universitario e historiador del más alto rango. Repito: quizá no lo merecía; pero sí me di cuenta de que en otras latitudes se siente más respeto por el trabajo del investigador. Algunos de mis viajes me han permitido conocer parte del mundo; he recibido el apoyo generoso de amigos extranjeros que me brindaron su casa y su mesa; pertenezco de esa manera a una especie de fraternidad de historiadores donde nos ayudamos mutuamente con generosidad.

Otro tema de este testimonio trata de explicar los intereses sobre historia que he desarrollado durante los años de mi docencia universitaria. Está estrechamente vinculado al hecho de hacer clase, de enseñar historia en el aula. Sin duda, un historiador puede ser motivo de estímulo para los estudiantes de la carrera, ya que miran en él a quien podrían alcanzar y aun superar; así la docencia tiene un lado grato, cuando se encuentran alumnos que se interesan en aprender, que leen, consultan, preguntan en clase, discuten, hacen crítica, escriben; conste que no estoy hablando de alumnos excepcionales; sino de personas interesadas de verdad en aprender, en conocer la historia con rigor y seriedad. Pero tiene también un aspecto ingrato, casi desagradable, cuando nuestros estudiantes no asisten a clase, cuando no leen libros, cuando se limitan a dar examen con los pocos apuntes tomados en el aula o con el contenido de sus separatas. Cuando un docente descubre que sus estudiantes se limitan a buscar un once para aprobar la asignatura; cuando se “escurren” de la clase, cuando uno les pregunta y obtiene miradas “vacías” como respuesta; entonces aparece la desilusión y a veces hasta la amargura o la soledad. La docencia con tales estudiantes —y esta no es una crítica velada a nadie— se convierte en un tormento desagradable.

En cierto modo, se siente confirmado uno como docente y como historiador cuando se ve a los alumnos trabajando en las bibliotecas: leyendo, resumiendo, haciendo fichas, cuando surge el estímulo de la inquietud intelectual en los estudiantes. Todo profesor sabe —decía G. Higeth— que siempre será pobre; pero se compensa sabiendo que hace algo socialmente importante y, por último, se siente satisfecho cuando recibe ese pago exquisito que

es la gratitud y el conocimiento respetuoso de los estudiantes. Esa alegría brinda la docencia y equivale a cuando sustentamos una ponencia en un evento académico o exponemos una conferencia pública sobre un tema: el aplauso del público premia el esfuerzo del investigador en forma de asentimiento generoso con lo que ha expresado.

Entre los temas que me interesaron profundamente, el de la Guerra del Pacífico de 1879 ocupa un lugar preferente. Escribí un libro titulado: *Cien años después. Reflexiones sobre la Guerra del Pacífico, 1879-1979*. Con ese trabajo, obtuve el primer premio en el Concurso Nacional de Cultura Histórica promovido por la Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente. Cuando decidieron publicarlo, intervinieron generosamente ese amigo inolvidable que es el doctor Jaime Rey de Castro y quien escribió el prólogo que honra la única edición del libro, el doctor Percy Cayo Córdova.

La guerra —siempre lo he pensado así— es un fenómeno social, económico y político; lo militar, que es lo más sobresaliente de un conflicto bélico, es solo continuación de la política por otros medios. La guerra, en mi modesta opinión, fracturó el proceso histórico en un antes y en un después; cuyas consecuencias a más de cien años de la misma siguen influyendo sobre la vida nacional.

El libro tiene su propia anécdota. Como la Fundación no tiene fines de lucro, la edición tuvo un costo muy bajo y alguna persona adquirió todo el tiraje en la antigua librería *Studium* en Arequipa, quedándome sin ejemplares; años más tarde un señor se me aproximó ofreciéndome unos 200 ejemplares de mi libro en una edición a todas luces fotocopiada; se trataba de una edición “pirata”; como no había ejemplares de este libro en Arequipa, tuve que adquirir esta edición con mi propio dinero, lo cual no me produjo indignación, sino risa. El autor comprando su propio libro que fue fotocopiado sin su permiso. Ciertamente que hube de leer detenidamente las partes que Jorge Basadre dedica al tema de la Gue-

rra de 1879 en el monumental *Historia de la República del Perú*, que consulté en las ediciones de 1939, 1961, 1977 y 1984, esta última, póstuma. Pero, previamente corregida y aumentada por su infatigable autor. Leí mucho sobre los antecedentes diplomáticos de la guerra y sobre relaciones internacionales; me apasionó la teoría de la *balanza de poder* en el Pacífico Sur y la lectura de *Mi misión en Chile*, de José Antonio de Lavalle, referida a los inicios del conflicto. Leí mucho y aprendí mucho, tanto que en 1999 tuve el honor de ser profesor visitante de la Universidad de Chile. Dicté allí un curso sobre el tema de la guerra, junto al ilustre historiador chileno Sergio Villalobos Rivera, seguido de sendas conferencias en la Universidad de Concepción y en la Universidad de la Frontera, al lado de otro gran amigo, Jorge Pinto Rodríguez. La experiencia no ha podido ser más grata ni más fructífera: pude compartir —y con elevado rigor académico— conocimientos, bibliografía, puntos de vista y sugerencias sobre temas de investigación.

Pienso que el tema de la Guerra del 79 continúa siendo uno de los más importantes para la investigación histórica. Ciertamente Sergio Villalobos me llevó personalmente al puerto de Talcahuano a conocer el monitor Huáscar; fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida, admirador del Gran Almirante don Miguel Grau Seminario, a quien he dedicado otro libro; podía conocer el buque, que bajo su experimentado comando fue *la única espada y escudo del Perú* entre abril y octubre de 1879 mientras duró la campaña naval de la Guerra del Pacífico.

Si bien es cierto que se ha llegado ya a acuerdos satisfactorios con Chile respecto del Tratado de 1929, que puso fin, entonces provisionalmente, a los asuntos pendientes del Tratado de Ancón de 1883, este campo de las relaciones internacionales revela en el presente un manejo todavía no profesional, que es una constante de la diplomacia peruana; pensemos solamente que en 1999 recién puede ejecutarse, luego de setenta años, los acuerdos de 1929. Si todo ello es verdad, lo es también que el tema de la Guerra de 1879 continúa siendo uno de los más importantes para la investigación histórica. No es verdad que continuar trabajando sobre él implique revanchismo u olvido; por el contrario, no tomar en consideración el significado del proceso histórico de nuestras relaciones con Chile nos puede llevar, como expresa el historiador Ernesto Yepes, a cometer errores que creemos superados o a jugar el ajedrez internacional en un *tablero diseñado de antemano por Santiago*.

Estas reflexiones para el presente y para el conocimiento del pasado. Digamos, de una vez por todas, que los temas de fondo sobre la Guerra de 1879 están aún sin investigar. Temas vinculados con historia social, especialmente, e historia económica, no han tenido oportunidad de ser tratados en una perspectiva amplia. Recuerdo simplemente que el tema de la propiedad urbana en Tacna, durante los años de la “chilenización”, está aún en sus inicios y que es realmente un asunto de la mayor importancia.

La guerra —siempre lo he pensado así— es un fenómeno social, económico y político; lo militar, que es lo más sobresaliente de un conflicto bélico, es solo continuación de la política por otros medios. La guerra, en mi modesta opinión, fracturó el proceso histórico en un antes y en un después; cuyas consecuencias a más de cien años de la misma siguen influyendo sobre la vida nacional.

Escribí y publiqué un libro titulado *La imagen histórica del Almirante Miguel Grau* en 1991. Está dedicado a los jóvenes del Perú y tiene un objetivo: contribuir a la difusión y conocimiento de los aspectos humanos en la vida del héroe de nuestra Marina de Guerra, en los que resalta su profunda coherencia entre lo que se piensa y lo que se hace. La vida de Grau, allí donde se le localice, tiene el sello de la consecuencia entre los valores morales, éticos, profesionales y sobre todo religiosos, católicos. Por ello anhelo que la juventud peruana lea este libro y capte en sus sencillos trabajos la personalidad sólida, paradigmática, de un peruano ejemplar.

Arequipa es una ciudad que ha conservado muy bien su fisonomía urbana desde 1540, en que la fundaron españoles; este hecho facilita la posibilidad de hacer investigaciones sobre historia urbana, que es otro de los temas de interés y que me vincula definitivamente con mi tierra natal.

El tema tiene que ver con la estructura urbana, las relaciones centro-periferia, la construcción de barrios y la presencia de parroquias y grupos sociales.

La evolución de los estilos de construcción se observa en las calles de Arequipa. Aún en las más antiguas, quedan pocos vestigios del estilo del XVI o del XVII debido a los frecuentes y a veces muy devastadores sismos que azotaron la ciudad; sin embargo, un valioso testimonio arquitectónico urbano está encerrado en los muros del Monasterio de Santa Catalina, al que, con justicia, se denomina “una ciudad dentro de la ciudad”. Así, Arequipa tiene entre sus múltiples valores el del urbanismo y arquitectura mes-

tiza de origen hispánico-andino; así como valores históricos netamente republicanos. Se dice de ella que es la ciudad representativa de la república.

Junto con la historia urbana y demográfica de Arequipa, he trabajado algo; temas de historia de la arquitectura propiamente, considerando el esplendor del estilo arequipeño, del que definiendo una tesis: se trata de un estilo mestizo, no de un barroco andino.

A partir de documentación histórica, generalmente cartas o contratos de compra venta, testamentos, inventarios, contratos de construcción o de refacción, he logrado reconstruir la historia de ciertas casonas y conventos de Arequipa; trabajando algunos de esos temas con ese gran historiador que fuera Alejandro Málaga Medina. Avanzamos para conocer la historia del Convento de San Agustín, en cuyo claustro funcionó inicialmente la Universidad Nacional de ese nombre; la casona Bustamante y Benavides, la casona López de Romaña, la casona Iriberry; y con otros historiadores, la Casa del Moral.

Escribí el prólogo del libro *Arquitectura planiforme y textilográfica virreinal de Arequipa* del R. P. Doctor Antonio San Cristóbal, donde sostuve la tesis, discrepante con la del autor, que me permite afirmar que la arquitectura arequipeña es mestiza; en este tema, también se apoyan las investigaciones que publicó la Caja de Ahorro para Vivienda Mutua Arequipa en 1991 bajo el título *Arequipa, pasado y presente*. Planteé allí una teoría de Arequipa, que incluye una explicación acerca de la identidad cultural de Arequipa que, sostengo, es mestiza. Tales ideas proceden de la lectura de trabajos de Francisco Mostajo, Jorge Basadre, J. L. Bustamante y Rivero y V. A. Belaunde. Arequipa es un “crisol de mestizaje” y aunque se trate de un concepto étnico, ha ganado terreno en lo cultural para señalar el proceso de contacto y mezcla de elementos de culturas diferentes. En la identidad cultural singular de Arequipa tiene un lugar propio la arquitectura, cuyo estilo original es el resultado de la fusión de elementos occidentales ibéricos y andinos, sobre todo en la bella ornamentación de las fachadas de casonas y templos arequipeños.

Como interés para investigar, la historia urbana y la de la arquitectura son muy importantes. En cierto modo, sería deseable que los estudiantes de historia descubran que, en relación con estos aspectos, hay un proceso social, económico, político y humano, sumamente complejo e interesante. Los edificios que reconocemos

hoy como monumentos históricos han cumplido funciones sociales importantes en el pasado y descubrirlas revisando la documentación pública y oficial, como la privada, es tarea donde el historiador tiene muchos aportes que hacer.

También me interesó la historia regional del sur del Perú, de la que Arequipa forma parte y, por supuesto, de la historia de mi tierra, pues soy arequipeño antiguo y dentro de mi familia materna ha sido una tradición que hubiera algún miembro de la misma, dedicado a escribir e investigar historia; un buen ejemplo de ello es el ilustre historiador Mariano Felipe Paz Soldán, sobre el cual ver-
só mi tesis de Bachiller en Ciencias Históricas, que data de 1964.

La historia no es repetición del contenido de las fuentes, lo que es “documentolatría”, ni es una simple descripción de sucesos o narración de hechos “singulares” como se nos enseñó en la secundaria; el historiador quiere mostrarnos una visión congruente del pasado, no en forma de fragmentos, sino en forma orgánica, coherente, no “inventada”, sino apoyada en información de documentos que han sido sometidos a crítica.

La perspectiva de la historia regional es apasionante, sobre todo, porque permite hacer análisis acerca de grandes espacios y discutir teóricamente qué es una región y cómo se conformaron estas en el pasado. Alberto Flores Galindo, historiador y amigo, nos puso frente a algunas pistas con su excelente ensayo sobre *Arequipa y el sur andino*, en el que propone el funcionamiento del espacio regional en el sur, considerando un circuito comercial que integraba esta región. Por su parte, Carlos Sempat Assadourian, analizó el espacio regional peruano desde la perspectiva de la historia económica, proporcionando elementos teóricos valiosos para penetrar en el asunto, sobre todo en la época colonial. Finalmente, Pilar Remy nos dio nuevas luces cuando afirmó en un artículo una tesis fundamental: El espacio sur peruano estuvo integrado durante el periodo colonial

y se desintegró en el republicano. También tuve presente los muchos aportes que hace Fernando Ponce Contreras, gran historiador y fraterno amigo de toda la vida, en su trabajo sobre *La ciudad en el Perú* y en su tesis doctoral del tema; con este bagaje, he intentado un estudio analítico y comprensivo de la región sur del Perú que ha sido publicado.

En el tema regional, hay una ampliación de la perspectiva puramente localista o arequipeñista; se incorporan al análisis otros temas conexos, como el de la producción y circulación del vino, producto esencial en la vida histórica colonial de la región.

Como llevo dicho, en el espacio regional funcionó un activo circuito comercial que integró varias ciudades hasta el siglo XVIII y donde circularon mercancías con valor económico elevado. Es válido sostener que es un tema de historia económica, principalmente, aunque deriva en otros temas, sobre todo en el siglo XIX, cuando se realizó la experiencia de la Confederación Peruano-Boliviana entre 1836 y 1838. Como tema político y de relaciones internacionales es también sumamente importante; mas sus aspectos económicos no han sido investigados en profundidad. Raúl Rivera Serna estudió algunos y tuvimos un ambicioso proyecto de investigación con el apoyo de la Fundación Ford, que no llegamos a concluir.

Este proyecto nos facilitó llevar un equipo de profesores y alumnos de Historia hasta las ciudades de La Paz, Sucre y Potosí en Bolivia con el fin de consultar documentos.

En todo caso, los temas de investigación de historia regional, tuvieron un efecto interesante en el mediano y largo plazo: Contribuyeron a una mejor comprensión de la multiplicidad de factores que confluyen en una estructura histórica; a pesar de todos los argumentos, en contra de la historia tradicional, en la que solamente se consideraba hechos superficiales de carácter político y militar; fue a partir de eso que advertimos la presencia de otros aspectos, lo social, lo ideológico, lo político, lo económico, lo religioso en toda su amplitud. Aprendimos a diferenciar la acción de las élites y de la multitud en la historia, como lo propone George Rudé en su clásico libro *La multitud en la historia*; nos dimos cuenta del rol diferente de los caudillos, dirigentes y del pueblo; esto es particularmente significativo en el caso de Arequipa, cuyo ciclo revolucionario en el siglo XIX, revela una fuerte comunicación social, política e ideológica entre caudillos —civiles y militares— con su pueblo.

Todo esto se confirmó con los estudios de Sarah Chambers sobre matices sociales en la Arequipa del XVIII; los de Frederick Wibel y Mary Gallagher, siempre sobre cuestiones sociales; creo que se complementó además con nuestras lecturas de Thompson y Eric Hobsbawm. En este conjunto, encontramos una sólida formación teórico-analítica sobre historia social, como historia global. Todos los aspectos, en diferente manera, reitero, configuran una estructura; conocerla en esa forma nos facilita la comprensión y explicación de esta.

Ningún historiador se “inventa” su versión sobre los hechos del pretérito; los recrea a partir de su búsqueda de información en las fuentes; pero los integra en el contenido de su mundo histórico; de este va saliendo la orientación analítica y teórica con que elabora sus esquemas y plantea las relaciones en las estructuras que quiere conocer e investigar. Por ello la historia no es repetición del contenido de las fuentes, lo que es “documentolatría”, ni es una simple descripción de sucesos o narración de hechos “singulares” como se nos enseñó en la secundaria; el historiador quiere mostrarnos una visión congruente del pasado, no en forma de fragmentos, sino en forma orgánica, coherente, no “inventada”, sino apoyada en información de documentos que han sido sometidos a crítica; en consecuencia, elige sus temas con fundamento, con conocimiento de causa, revisando lo que se lleva investigando sobre los mismos, informándose cuidadosamente de los resultados de la investigación histórica y aun buscando “modelos” para aplicar, cuando se trata de temas similares al que seleccionó.

Hace años venía trabajando temas de historia de Arequipa y, sobre todo, desde el siglo XVIII, cuando se produjo la llamada *Rebelión de los pasquines* que ha sido tema de un libro de Guillermo Galdos Rodríguez, notable investigador de la etnohistoria del sur, y de una tesis de Jaime Cano Galarza, que defendió en la Facultad de Letras, siendo yo miembro del jurado, en relación esta última, con la *Crónica de Melchor de Paz*, fuente básica para la revolución tupacamarista.

Con estos datos, he trabajado esa rebelión anti-fiscal de enero de 1780 —meses antes de la de Túpac Amaru— y cuya manifestación política se hizo colocando papeles llamados “pasquines” por su carácter anónimo y su contenido adverso a los nuevos impuestos que la Corona española dispuso como un medio para acopiar mayores ingresos y que dieron lugar, en varios lugares del Perú virreinal, a sendas manifestaciones de rechazo y protesta.

Estudiamos los hechos y tuvimos a nuestro alcance las fuentes. En equipo con Alejandro Málaga Medina, Juan Álvarez Salas y el propio Guillermo Galdos Rodríguez, presentamos un trabajo sobre esa rebelión que fue publicado en La Paz. Allí en la interpretación discrepamos con Guillermo Galdos, en tanto que él considera esta rebelión como un “intento emancipador” de la Arequipa colonial. Pensamos, siguiendo una línea más amplia, que se trató, esencialmente, de una alianza y concurso de varias clases sociales, a las que no eran ajenos, los propietarios de tierras de cultivo “hombres a caballo, embozados”, en protesta por los nuevos impuestos, la instalación de aduanas y la obligación de pagar a ciertos grupos sociales que antes no estuvieron involucrados en tal obligación.

Con la fuente, que nos fue generosamente proporcionada por Alejandro Málaga Medina, nos permitió hacer un trabajo personal, que presenté al Congreso de Historia de América, realizado en 1971 en Lima y se publicó en sus actas, bajo el título de *Aspectos sociales de Arequipa en el siglo XVIII*. Allí, esboqué la tesis indicada: *La rebelión fue resultado de una alianza social coyuntural en contra de la política fiscal de la Corona española*. En suma, se trató de una rebelión artificial.

Estudí luego la Intendencia de Arequipa, gracias a que ese amigo, el historiador inglés John Fisher, publicó la *Relación de gobierno* del Intendente don Bartolomé María de Salamanca; esa fuente sumada a la visita del Intendente don Antonio Álvarez y Jiménez, publicada por el historiador mercedario Fray Víctor M. Barriga, nos facilitó una visión amplia de algunos aspectos de la Intendencia, sobre todo los económicos; hubo entonces denuncia de contrabando inglés y norteamericano, por los puertos de la costa sur del Perú; uní a ello la lectura de la edición facsimilar del Mercurio Peruano, donde se publicaron varios artículos sobre Arequipa y su producción, de José Baquijano y Carrillo.

Mi afición por la historia económica me hizo consultar fuentes: Los balances de la Caja Real y Caja Fiscal de Arequipa con los que me propuse investigar el rendimiento de los impuestos, alrededor de los años de la Independencia, en esta parte del Perú. Ese fue el tema de mi tesis para optar el grado académico de Doctor en Historia y que me significó un enorme trabajo. Puse por título a esta tesis doctoral: *Aspectos económicos de la Independencia en Arequipa*. Conté con la ayuda de Javier Tord Nicolini, quien estaba trabajando con una computa-

dora todas las cifras de las Cajas Reales, entre ellas las de Arequipa; consulté con Fernando Ponce, verdadero experto en historia y en matemáticas. Logré mi anhelo de optar el grado de Doctor en Historia; recuerdo que mi primo hermano Fernando Quintanilla Paz Soldán y su esposa Ana María me ayudaron generosamente a pasar mis borradores a esténcil, para reproducirlos en mimeógrafo.

Como llevo dicho, me interesé profundamente en temas de historia local, de la Arequipa republicana, entre ellos el de la Confederación Peruano-Boliviana, que continúa siendo un asunto de la mayor importancia; el de los inicios de la vida republicana de mi ciudad, en su aspecto intelectual, social y económico. Leyendo ese hermoso libro de Basadre *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, tuve motivo para considerar la historia local con otra perspectiva; recuerdo que Claudio Sánchez-Albornoz ha precavido a los historiadores contra el “localismo” y afirmó que eso es válido, en tanto que todos quisiéramos considerar aisladamente, como un “centrismo”, la historia de nuestra ciudad, de nuestra localidad y de nuestro pueblo; en algunos casos, ese tipo de historia, con una concepción amplia del tiempo como lo preconiza la escuela francesa de *Anales* ha dado lugar a magníficos trabajos como el de Manuel Burga sobre el valle de Jequetepeque, y que constituye a no dudarlo un excelente modelo metodológico.

Intenté, creo que sin mucho éxito, hacer una historia global en la parte que me correspondió en la *Historia general de Arequipa*; me resultó difícil ubicar en un cuadro estructural de la vida republicana de mi tierra, todos los factores que confluyeron a darle forma; en todo caso, el esquema que adoptamos con Juan Guillermo Carpio Muñoz para esa parte tuvo un marcado acento de historia económica, a partir de la autonomía regional arequipeña; en cierto modo, ese esquema exigía más fuentes y más trabajo de reunión de información; no se logró sino parcialmente en mi modesta opinión, pero se hizo y se publicó en 1990 a los 450 años de la fundación de la ciudad y, dicho sea de paso, un balance entre la *Historia sintética de Arequipa* de 1940, de Víctor N. Benavente, con la que cincuenta años después publicamos nosotros como un equipo de investigación.

A partir de ese trabajo, analicé el 15 de agosto de 1990, en el Discurso de Orden que pronuncié en la sesión solemne organizada por

el Concejo Provincial de Arequipa, el avance en la investigación historiográfica entre 1940 y 1990, en relación con la *Historia general de Arequipa*; fue un “estado de la cuestión”, que será muy útil a cuantos se interesan por investigar el pasado de la ciudad; fue publicado como *Arequipa. Pasado y presente*.

En mi libro *Visión histórica de Arequipa* he publicado un conjunto orgánico de trabajos de investigación y ensayos acerca de la historia de Arequipa, hilvanados cronológicamente, a partir de 1540 hasta 1990, publicados por la Universidad Nacional de San Agustín. Cubre un amplio arco temporal que viene del pasado y se proyecta al presente; un buen ejemplo de ello es el análisis de la arquitectura civil de Arequipa, que es de origen colonial hispánico, y el planteamiento de la conservación del Centro Histórico de Arequipa, que es un tema de gran actualidad. Arequipa es Patrimonio Cultural de la Humanidad. Obviamente, las propuestas acerca del qué hacer con esta realidad histórica hoy, tienen que ver con cuestiones políticas e institucionales; ello demuestra que la historia no se limita, como algunas personas creen, al conocimiento del pasado, pues en muchas formas llega hasta nosotros y es oportuno que aprendamos a reconocerlo.

Así logré dar forma a una visión histórica, algo más amplia que una imagen de Arequipa, si consideramos el valioso libro de Edgardo Rivera Martínez *Imagen y leyenda de Arequipa*, que ciertamente todos debiéramos leer.

Como llevo dicho, mi interés fue perfilándose alrededor de temas de historia de la república con énfasis en los de Arequipa. Es muy grande la cantidad de los problemas de explicación y comprensión histórica sobre la Arequipa del siglo XIX, que fue considerada por Basadre como una «pistola que apuntó al corazón de Lima hasta 1867», por lo menos. No se ha investigado con amplitud el ciclo revolucionario arequipeño, aquella «gesta cívica» de la que nos hablan V. A. Belaunde y J. L. Bustamante y Rivero; el porqué de esa actitud social y política de los arequipeños merece aún el estudio exhaustivo de más de un investigador. Es un campo de trabajo muy amplio el que nos ofrecen la historia regional y la historia de Arequipa, no como la historia local, sino como integrante de un conjunto regional sur peruano y junto con ello, cambios y permanencias en el periodo republicano. Estamos debiendo un libro sobre esa Arequipa que dirigió los destinos políticos del Perú, que moldeó la forma republicana y democrática del Perú y que dio una pléyade tan valiosa de intelectuales, juristas, historiadores, periodistas, artistas plásticos, políticos

y clérigos; entre los que sobresale la figura del Dean Juan Gualberto Valdivia, eminente educador que forjó la Academia Lauretana de Ciencias y Artes de Arequipa y de allí el Colegio Nacional de la Independencia Americana y la Universidad Nacional de San Agustín. Es todo un símbolo republicano, como lo ha llamado acertadamente Mariano Arenas Figueroa.

Finalmente, sin agotar la relación de los temas de mi interés, me orienté hacia el análisis historiográfico. En mi tesis de Bachiller en Ciencias Históricas, pretendí analizar la vasta obra de Mariano Felipe Paz Soldán, en la historiografía sobre nuestra Independencia.

Uno de los historiadores esenciales en este tipo de trabajos sobre historiografía es el doctor Jorge Basadre, quien me honró con su amistad y consejo. Mucho he aprendido leyendo sus obras e intentando elaborar un esquema comprensivo de su producción historiográfica tan vasta y sugestiva. Muchas tesis, muchos estudios, exhaustivos análisis pueden hacerse sobre Jorge Basadre; es uno de los paradigmas de la historiografía peruana, al que deberíamos acudir siempre quienes nos interesamos en la investigación histórica. Uno de mis libros versa sobre él.

La escuela historiográfica arequipeña, que ha sido estudiada por Francisco Javier Delgado, Víctor Sánchez-Moreno Bayarri, Guillermo Galdos Rodríguez, así como por Francisco Mostajo, no ha merecido el interés por parte de los investigadores nacionales, ni arequipeños. Hemos esbozado temas y planteado cuestiones; quizá algún trabajo sobre el mercedario Fray Víctor M. Barriga; pero no se ha hecho el estudio integral que merece esta escuela. Algo hemos avanzado sobre Mariano Ambrosio Cateriano, con el Dean J. G. Valdivia, cuyos *Fragmentos para la historia de Arequipa* hemos leído con interés; pero quedan muchos historiadores por estudiar, entre ellos los hermanos Martínez con una obra tan amplia y completa. Este campo es también del mayor interés.

A lo largo de este testimonio, he querido explicar, a quienes lo lean, cómo me hice historiador, cómo y con quiénes me formé en la Universidad Nacional de San Agustín. A partir de un interés por el pasado, que procedía desde lejanas lecturas de infancia; creo que mi interés por la investigación histórica se forjó en el trabajo, en la lectura constante y en el contacto con historiadores a los que

conocí y frecuenté, o solo leí; pero que me permitieron recoger lo mejor de su experiencia y conocimiento del pasado.

Por mi parte, me siento profundamente identificado y comprometido con Arequipa; en esta ciudad querida están mis antecesores, mi familia, mis amigos y mis descendientes. Me parece que he dedicado lo mejor de mi vida a estudiar y conocer la historia de Arequipa y de algún modo he participado en la publicación de la obra de sus grandes historiadores, entre ellos Travada, Cateriano, Mostajo, Belaunde, Paz Soldán, etc. Por ello me siento en deuda impagable con la ciudad de la que con harta modestia he tratado que su historia sea mejor conocida, mejor comprendida, mejor explicada.

Creo que toda investigación histórica es solamente una aproximación posible al pasado y que la grandeza de la historia consiste en estar permanentemente abierta a nuevos conocimientos sobre viejos temas y aspiro a que los jóvenes que estudian Historia tomen lo que he publicado solo como un punto de partida para continuar investigando sobre la historia de Arequipa.